

Los últimos filósofos¹

Moses Hess

Traducción: Leandro Sánchez Marín

Cualquiera que no haya pasado ya por el desarrollo histórico del cristianismo y la filosofía alemana podría ser de la opinión de que los últimos filósofos alemanes han publicado sus escritos por instigación de los reaccionarios. Difícilmente hubiera esperado declarar tal opinión de un hombre que anteriormente se situó en la cúspide del joven hegelianismo junto con Bruno Bauer, aunque en ese momento los escritos de Bauer estaban muy lejos de su posterior “consecuencia”, por no hablar de ese cinismo expresado recientemente en los escritos de Max Stirner pero, a pesar de todo, es cierto que ni Bauer ni Stirner se dejaron jamás influir desde *fuera*. Es más bien el caso de que esta “locura” surgió directamente del desarrollo vivo *interior* de esta filosofía, y así es que exactamente de esta manera, y no de otra, la progenie de los ascetas cristianos debe irse del mundo.

I

A nadie se le ocurriría sostener que el astrónomo es uno con el sistema solar que observa, pero según nuestros últimos filósofos alemanes, el ser humano singular, que ha observado la naturaleza y la historia, debería ser el “género”, el “todo”. En el periódico de Bühl² se dice que cada persona es el Estado, la humanidad y, como ha escrito recientemente el filósofo Julius³, cada hombre es el género, la totalidad, la humanidad. Para Stirner, “al igual que el individuo es toda la naturaleza,

¹ Hess, M. „Die letzten Philosophen“: *Druck und Verlag von C. W. Leske* (1845) en *Sozialistische Aufsätze. 1841-1847*, Herausgegeben von Theodor Zlocisti, Berlin, Welt-Verlag, 1921, pp. 188-206 (*N. del T.*)

² Se trata del *Berliner Monatsschrift* de Ludwig Bühl, el cual fue uno de los medios de expresión de los jóvenes hegelianos. Se fundó en 1843 y dejó de publicarse en 1845 (*N. del T.*)

³ Gustav Julius fue editor del *Berliner Zeitung-Halle*, donde se informaría que Hess estaba involucrado en la publicación de críticas al rey Friedrich Wilhelm IV. Este episodio hizo que la policía acechara a Hess, obligándolo a dejar Colonia, partiendo hacia París en 1847 (*N. del T.*)

también es toda la especie”⁴. Desde el surgimiento del cristianismo, los hombres han trabajado para resolver la diferencia entre el padre y el hijo, lo divino y lo humano, en una palabra, entre el “hombre-genérico [*Gattungsmenschen*]” y el hombre “corporal”. Pero tan poco ha resultado de este esfuerzo como el protestantismo en su superación de la Iglesia visible, —porque la Iglesia invisible (el cielo) y el sacerdote invisible (cristo) perduran— y así se permite que se levante un nuevo clero. Los últimos filósofos ganarán igual de poco si se deshacen de esta Iglesia invisible y establecen el “espíritu absoluto”, la “autoconciencia” y el “ser genérico [*Gattungswesen*]” en el lugar del cielo. Todos estos intentos de resolver teóricamente la diferencia entre el hombre particular y el género humano deben fracasar, porque incluso si el hombre singular realmente comprende el mundo y la humanidad, la naturaleza y la historia, en realidad sigue siendo solo un hombre aislado mientras no se supere *prácticamente* la división del hombre. Pero esta separación del hombre solo se resolverá en la práctica a través del socialismo, es decir, si los hombres se unen en la vida y la actividad comunitarias y renuncian a la ganancia privada. Mientras estén aislados en la vida real, es decir, en la vida social, mientras la diferencia entre el hombre singular y la humanidad se resuelva solo teóricamente, en la “conciencia”, los hombres permanecerán no solo aislados unos de otros en la vida real, sino que el hombre individual permanecerá dividido en su “conciencia”. Debe sentirse y pensar en sí mismo como algo diferente de lo que es en realidad, en la vida. El anhelo, como individuos aislados, de convertirnos en lo que sentimos, imaginamos y pensamos en nosotros mismos, ha traído todas las ilusiones que han ocupado nuestras cabezas desde el surgimiento del cristianismo hasta nuestros días. En lugar de confesarnos honestamente a nosotros mismos, que solo seremos algo a través de una unión social con nuestros prójimos, hemos querido creer que nuestra miseria podría ser eliminada, que la división de nuestro aislamiento social podría dejarse de lado, que podríamos ser divinizados y humanizados solo por el mero conocimiento teórico. Todavía creíamos que, a través del conocimiento simple, a través de la comprensión filosófica, a través del sentimiento religioso, podríamos volvernos amorosos, morales, divinos, virtuosos, piadosos y bendecidos; de hecho, sobre esto, incluso imaginamos que nuestra naturaleza era religiosa, o pensamos que era filosófica. Aunque todavía permanecemos en la vida real sin amor, mundanos, miserables, impíos, egoístas desgarrados y divididos, y somos hombres inhumanos.

La ruptura entre teoría y praxis, entre la piedad y la mundanalidad —como quiera que se le llame—, este dualismo cristiano, se encuentra a lo largo de toda la era cristiana, y los cristianos modernos, filósofos, ateos están tan sujetos a él como los antiguos creyentes cristianos. La historia del cristianismo moderno ha seguido el mismo curso que la del antiguo. El antiguo cristianismo, como enseñanza, como teoría, debe instituir una Iglesia, una doctrina, un sacerdocio. Esta Iglesia, una vez puesta en vida, debe pervertirse, es decir, se opondrá a su propósito establecido. La Iglesia, creada para superar la dicotomía entre piedad y mundanalidad, teoría y praxis, para sanar y santificar el mundo, para llenar el abismo entre el individuo y el género, para reconciliar la enemistad entre los hombres, ahora trae estas divisiones en sus formas más nítidas. En respuesta al

⁴ Stirner, M. *El único y su propiedad*, trad. José Hernández, Madrid, Valdemar, 2013, p. 232.

clero y los laicos surgieron el señorío y la servidumbre medievales: el egoísmo práctico del mundo contra el egoísmo teórico de la religión. Tenemos que agradecer a la Iglesia misma por transformar la conciencia del hombre del panteísmo fundamental de la teoría del cristianismo en una de las más profundas y abruptas contradicciones entre el cielo y la tierra, este mundo y el otro, espíritu y cuerpo. En el curso de la historia de la Iglesia, el cristianismo se ha reformado y ha restaurado su pensamiento fundamental; vuelve a sus fuentes primarias, deviene protestante, racionalista, filosófico, ateo, pero siempre permanece como era según su principio: una expresión de la separación entre teoría y praxis. De la misma manera, el cristiano moderno, como el antiguo, debe instituir una doctrina de enseñanza, un sacerdocio, un clero *filosófico*, porque todavía mantiene la posición de que la humanidad debe ser asumida y enseñada solo teóricamente. El cristianismo moderno, esta nueva religión, debe tener el mismo destino que la antigua religión: una vez que entra en vida, debe perderse y transformarse en su opuesto.

La Iglesia cristiana moderna es el Estado cristiano. No queremos significar con esto ese ser híbrido que no puede separarse de la vieja Iglesia y así se interpone entre ella y el Estado, ni esa imagen fantástica de nuestros románticos que flota en el aire entre el cielo medieval y la actualidad de esta tierra, en resumen, no la “cristiandad alemana” sino el Estado moderno, “libre”, tal como existe realmente en Francia, Inglaterra y América del Norte, pero que existe solo como un *ideal* para nosotros los alemanes. Este Estado es la Iglesia moderna, así como la filosofía es la religión moderna. El Estado no es más que la forma actualizada de la filosofía, así como la Iglesia no fue más que la forma actualizada de la religión. Pero también el “Estado libre”, que se originó para resolver las divisiones del mundo medieval, solo ha hecho surgir una antítesis más nueva y aguda entre teoría y praxis, ya que solo ha reemplazado el viejo cielo y la vieja tierra con un cielo y una tierra nuevos; solamente ha llevado al cristianismo a su plenitud.

La ruptura de la teoría y la praxis todavía no había sido realizada universalmente y en principio por la Iglesia medieval, por la vida medieval. En ese momento, la conciencia se movía tanto dentro del mundo sagrado como en este mundo sin Dios, así como en esa vida el clero y los laicos, la nobleza y el campesinado se movían por separado y uno al lado del otro. Uno excluía al otro. El laico no puede ser al mismo tiempo sacerdote, el siervo no puede ser al mismo tiempo señor, la tierra no puede ser cielo, el cuerpo no puede ser espíritu, el hombre no puede ser Dios y el individuo no puede ser al mismo tiempo el ser genérico. Eso sería anticristiano, porque el cristianismo, este panteísmo teórico, ciertamente quiere esta dualidad en la unidad; el Dios-hombre en una persona es ciertamente el ideal cristiano. Una vez más se está intentando producir teóricamente en el cristianismo esta condición encantada y, por tanto, permitir que la división de la vida humana real exista a distancia; santificar, humanizar, elevar a la humanidad en general a estos hombres individuales, y —en el cielo, así como en la tierra— sancionar la separación y la división.

¡Y mira! el encantamiento está perfectamente cumplido. Los espíritus beatíficos del cielo cristiano ahora deambulan por la tierra; ¡son los “ciudadanos libres”! El cielo ya no está en el más allá, sino aquí y ahora; es el “Estado”.

Ahora bien, ¿son los “ciudadanos” hombres reales? No, no son más que los espíritus de hombres reales. Los cuerpos de estos espíritus están en la *sociedad civil*.

El idealismo incorpóreo del cielo cristiano ha venido del cielo a la tierra para convertirse en Estado. Pero cerca de él también existe el materialismo sin espíritu del mundo cristiano, que existe en la sociedad civil. El Estado moderno no ha hecho más que agudizar la oposición entre el individuo y el género y, ciertamente, ¡lo ha llevado por primera vez a su *perfección*!

Pero ahora, cuanto más fuerte, más intensa y universalmente exista esta contradicción actual entre individuo y el género, y, de hecho, cuanto más violentamente estén los hombres en esta contradicción, tanto más rápidamente tomará la historia su curso, y tanto mayor será el anhelo de una realidad mejor, pero una realidad que ya no se busca en otro mundo, sino que se debe buscar en la vida social actual. Los intentos de reformar nuestra sociedad se repetirán hasta que se adapten a nuestra conciencia más íntima, esa conciencia derivada de nuestras vidas. Ahora vivimos en esta época reformadora o revolucionaria.

Pero, como se ha dicho y reconocido, Alemania no ha creado —en la realidad— el Estado libre moderno. Pero incluso si esta Iglesia moderna no se ha hecho prácticamente existente para nosotros, todavía la hemos producido en todos los aspectos de acuerdo con su actualidad teórica. Los últimos filósofos alemanes se han enfrentado entre sí por la razón de que uno sostiene que el principio del Estado sin sociedad civil es coherente, y porque el otro sostiene que el principio de la sociedad civil es coherente sin el Estado y, finalmente, el tercero se aplica al todo, y por ello en principio aboga por una contradicción entre el Estado y la sociedad civil.

La *filosofía del futuro* de Ludwig Feuerbach no es más que una filosofía del presente, pero un presente que para el alemán sigue apareciendo como un futuro, como un ideal. Los *Principios de la filosofía del futuro* deberían discutir filosófica y teóricamente lo que en Inglaterra, Francia, América del Norte y otros lugares es una realidad presente: el Estado moderno confrontado con *su* sociedad civil suplementaria, y bajo la “realidad”, la “base real”, con *sus* derechos, *su* matrimonio y *su* propiedad (apela en un momento a un egoísmo estrecho de miras), al contrario, anticipa al hombre social, al “hombre-genérico”, a la “esencia del hombre”, y considera que estas esencias están conscientemente presentes en el individuo. Qué fraude filosófico y que poco de sagacidad estatal moderna existe cuando lo humano-genérico solo puede existir en una sociedad en la que todos los hombres se cultivan y se postulan egoístamente.

Esta contradicción solo la resolverá el socialismo. Si toma en serio la terminación y la negación de la filosofía, dejará de lado la filosofía y el Estado, y no escribirá libros filosóficos sobre la negación de la filosofía, porque el socialismo no se limita a afirmar esto o aquello, sino que también dice *cómo* negar la filosofía como mera enseñanza, y *cómo* rematarla en la vida social. Sin

embargo, los teóricos *consistentes* todavía nos llegan de la escuela filosófica, egoístas teóricos puros que se encuentran “solitarios” [*einsam*] en la cima más extrema de la sabiduría teórica y miran con desprecio las acciones menores de los egoístas *prácticos*, de la base, de la “masa”. En esta cumbre se encuentra, por ejemplo, Bruno Bauer, solitario como él dice, como un santo pilar moderno. Más recientemente, ha surgido frente a Bauer otro pico, que exactamente invierte la posición de Bauer y defiende a la “masa”, a la “base real”, al egoísta práctico. Este es Stirner, el “único”. Prestemos ahora especial atención a él.

A primera vista, ya se ve que los dos filósofos antes mencionados no son sino los dos lados del hombre dividido. El “solitario” y el “único” son lados opuestos que se presuponen el uno al otro, y debemos, aunque solo sea de pasada, discutir al “solitario [*Einsamen*]” para iluminar al “único”.

Como la misma filosofía ha señalado, el egoísmo más burdo duerme en el trasfondo de la religión. ¿Pero qué es el egoísmo *filosófico* aparte del egoísmo privado? ¿Es el filósofo consecuente, como aparece en Bruno Bauer, no el egoísta satisfecho de sí mismo, el solitario que es dichoso y todopoderoso en su autoconciencia? ¿No ha devorado, consumido, disuelto y digerido toda la naturaleza y el género humano? ¿No es como el cristiano piadoso que ha sido elevado y consolado por su fiesta de comunión y así separado de este mundo malvado y caído? ¿Tiene algo más que hacer en el mundo excepto aprender a despreciarlo? ¡Se lee con Bruno Bauer! Ningún Padre de la Iglesia ni ningún estadista ha expresado con más cinismo su desprecio por el mundo de la “masa” que este actual filósofo. ¿Por qué no? ¿Es el “crítico”⁵, diferente de la policía nacional, el que mantendría a la gente bajo control? ¿Y qué haría esta autoridad si no existiera una plebe vulgar, baja y miserable? Como el comunismo *filosófico* exhibe el mismo egoísmo teórico que el humanismo religioso, ¿por qué no debería tener también el mismo egoísmo práctico en su trasfondo? Tan pronto como se le revele al monje que no hay nada en su egoísmo celestial, su bienaventuranza, se convertirá directamente en un animal y colapsará completamente en el egoísmo terrenal, y de ahí en adelante, en lugar de luchar por su esencia teórica alienada, por Dios y la beatitud celestial, él luchará por su esencia práctica alienada, por el dinero y la felicidad. Aun así, el filósofo, tan pronto como descubre que no hay nada para el “espíritu”, y resulta que su “esencia imaginaria” era completamente innecesaria, cae directamente en un egoísmo práctico, y también deja a un lado la humanidad trascendental junto con toda la humanidad *real*.

II

Según Stirner, toda la culpa de los egoístas anteriores residía simplemente en el hecho de que no tenían conciencia de su egoísmo, que no eran egoístas por principio, sino que siempre estaban dispuestos a rendir homenaje a la humanidad, que la guerra de todos contra todos... incluso en la libre competencia, no se siguió de manera consistente.

⁵ En la obra de Edgar Bauer de 1844 *Der Streit der Kritik mit Kirche und Staat (El conflicto de la crítica con la Iglesia y el Estado)*, se encuentra la autoreferencia de éste como el “crítico” (*N. del T.*)

“¡Agarra y toma lo que necesitas! Con esto se declara la guerra de todos contra todos, solo *yo* decido lo que quiero tener”⁶.

‘¡Bien, eso no es nada nuevo, pues lo han hecho los egoístas desde tiempos inmemoriales!’ Tampoco es necesario que la cosa sea nueva, siempre que se sea consciente de ella. En todo caso, no podrá pretender una edad muy elevada, a no ser que contemos aquí con la ley egipcia y espartana; pues lo poco difundida que está se deduce del arriba mencionado reproche que habla con desprecio de los ‘egoístas’. Precisamente se debe saber que ese proceso de tomar no es despreciable, sino que declara la pura acción del egoísta avenido consigo mismo. Solo cuando no espere ni del individuo ni de una colectividad lo que yo me puedo dar a mí mismo, solo entonces abandono la labor del... amor; la plebe cesa de ser plebe solo cuando el individuo *agarra*. Solo la timidez al agarrar y el correspondiente castigo lo convierten en plebe. Solo la idea de agarrar es *pecado*, un crimen, solo este precepto crea a la plebe, y que permanezca como es, de eso es ella culpable, pues deja que impere ese precepto, y aquellos que reclaman ‘egoístamente’ (para devolverles su palabra favorita) que sea respetado. En suma, la única culpable es la carencia de *conciencia* sobre esa ‘nueva sabiduría’, esto es, la vieja conciencia de pecado⁷.

Por tanto, la “conciencia” es lo único que todavía nos falta para convertirnos en perfectos egoístas, y con ello “la plebe cesa de ser plebe”.

No la mutua alienación de los hombres, sino la expresión teórica de esta alienación: religión y filosofía; no la guerra de todos contra todos, que surge del aislamiento y extrañamiento de los hombres en la vida, sino la mala conciencia que la acompaña; no el crimen de arriba y el crimen de abajo, en resumen, no la plebe y sus tiranos, que el egoísmo ha traído al mundo, sino, dice Stirner, ¡la *conciencia del pecado* que vino con él es la que carga con toda la culpa!

Si se te rompe una pierna y eso te causa dolor, y el médico te coloca un yeso en ella, entonces, según nuestro filósofo, no es la *fractura*, sino la *sensación* dolorosa de la pierna rota y *el yeso en la pierna*, la verdadera causa de tus problemas... Si estás *enfermo* y tienes un *médico*, y recuperas tu *salud*, ¡envíame al médico! Esta es la lógica de la “nueva sabiduría”. Ahora bien, ¿cómo se aplica a lo que queda?

No directamente —se queja Stirner— “solo por la causa se puede reducir la esfera del otro (el rico, por ejemplo, la del pobre, mediante el dinero, una causa), pero no como persona”⁸. Ahora, Stirner no tiene ninguna queja sobre esta explotación habitual de uno sobre el otro si esta única explotación mutua es simplemente directa y personal. Stirner no se opone a la libre competencia porque sea asesinato y robo, sino solo porque no es *directamente* asesinato y robo.

⁶ Stirner, M. *Op. Cit.*, p. 318.

⁷ *Ibid.*, p. 319.

⁸ *Ibid.*, p. 151.

Pero ¿el asesinato y el robo *indirectos* son algo más que el asesinato y el robo *conscientes*, y Stirner no se ha quejado antes de que nuestros egoístas carecen de *conciencia* egoísta?

Stirner no tiene nada que objetar en absoluto contra la forma habitual del egoísmo práctico, excepto que carece de “conciencia”. Sin embargo, quedará claro que no es el egoísmo habitual el que carece de la conciencia del egoísmo, sino solo el egoísta *imaginario*. Simplemente, y en general, ¿qué es el egoísmo? ¿Y dónde se encuentra la diferencia entre la vida egoísta y la vida amorosa?

Amar, crear, trabajar, producir, es directamente placentero; no puedo amar sin al mismo tiempo vivir, vivir *bien*, no puedo producir sin al mismo tiempo consumir, *disfrutar*. ¡El egoísta también quiere disfrutar! Ahora bien, ¿a través de qué se distingue el egoísmo de la vida amorosa? Por esto: que el egoísta tiene vida sin amor, disfrute sin trabajo y consume sin producir, toma solo para sí mismo y nunca da nada de sí mismo, es decir, nunca se entrega a nada. Como egoísta, se conoce a sí mismo, pero sin serlo no se conoce a sí mismo; no tiene contenido, por lo que siempre debe esforzarse por apoderarse de un contenido extraño, porque el egoísta se enfrenta a sí mismo como un otro extraño. No puede crear, porque no tiene contenido. Debe buscar siempre el placer, porque nunca podrá encontrar “el pleno disfrute de la vida”, y no llega a él porque no puede crear.

“Por tanto, ¿no creas y amas solo para obtener placer?” No, niño precoz, de ninguna manera creo y amo por placer, sino que amo por amor, creo por deseo creativo, por la vitalidad de la vida, por energía natural directa. Si amo por disfrutar, entonces no solo no amo, sino que tampoco tengo gozo, y si trabajo, actúo, para ganar algo, de ahí que no actúo libremente, y no solo no tengo gozo y amor en el trabajo, sino que en realidad nada se gana para mí: solo me agoto en este “trabajo”, en esta “laboriosidad”.

La vida egoísta es la vida autodestructiva y autoconsumida del mundo animal. El mundo animal no es más que la historia natural de la vida que se autodesintegra y se autodestruye en general, y toda nuestra historia, hasta este punto, no es más que la historia del mundo *social* animal.

Pero ¿a través de qué se distingue el mundo animal social del mundo animal *salvaje*? A través de nada más que la *conciencia*. La historia del mundo animal *social* no es más que la historia del mundo animal *consciente*, y así como el mundo animal natural encuentra su máxima expresión en la *bestia de presa*, el mundo animal social encuentra su punto culminante en la *bestia de presa consciente*.

La barbarie civilizada comienza exactamente donde se detiene la naturaleza salvaje. El salvaje sigue siendo la bestia de presa, cuyo extrañamiento en la vida no es sino “inmediato”, “personal”, es decir, la vida se le enfrenta como natural o física; mientras que, con el bárbaro, la vida *espiritual* no menos que física —su yo visible (*individualidad física*)— se le opone y le es ajena. Así como el egoísmo inconsciente, el egoísmo consciente tiene su propia historia respecto de su desarrollo. Y así como ha ocurrido en la historia del mundo animal, también debe suceder en la historia del hombre: la división de las especies en individuos, sociedades, pueblos y razas hostiles, pero esta división, este alejamiento mutuo,

no es más que la *primera* forma de existencia del género. Para llegar a existir, el género debe *individualizarse*. A través de esta oposición y lucha de los individuos, la conciencia se despierta por primera vez en la humanidad. La primera conciencia es la conciencia egoísta. El hombre no podría comenzar a decir “yo” sin considerar a un tú, su *alter ego*, los seres humanos más próximos y la naturaleza como ajenos a él, y aparentarse a sí mismo entre circunstancias y poderes hostiles. El mundo *social* de los animales, con todos sus deseos egoístas, estuvo presente por primera vez en el despertar de la conciencia de los hombres. Incluso entonces, el individuo permaneció aislado, porque en su *conciencia* todos los demás se oponían a él. Así como el egoísmo es el alejamiento mutuo de las especies, la conciencia *religiosa* es la conciencia de este alejamiento. El mundo animal de la naturaleza simplemente no tiene religión, porque carece de *conciencia* de su alejamiento, es decir, carece de la *conciencia del pecado*. Y así, la primera conciencia en el hombre es la conciencia del pecado; esto se expresa de otra manera en el mito de la “caída”. Este es el comienzo, la primera aparición del egoísmo “consciente”.

Al principio, solo los individuos se oponían al hombre singular como seres extraños; las cosas particulares de la naturaleza, así como los hombres, lo rodeaban como poderes naturales únicos. Pero, de hecho, cuanto más ganaba ahora en conocimiento, más se expandía su egoísmo, su religiosidad, su conciencia del pecado, hasta que finalmente descubrió que toda la humanidad estaba en su contra, y luego este ser alejado de la humanidad, todo este género, se convirtió para él en su hombre piadoso, su Dios-hombre, su *Cristo*.

El egoísmo no puede crear y no tiene contenido, ya que su contenido está alienado de él; por lo tanto, solo puede “consumir” y “disfrutar” de los demás. Del mismo modo, el egoísta consciente solo puede consumir, e incluso Cristo, el Dios-hombre, solo “consumirá” y “participará” de la Santa Comunión. De la misma manera, el género humano, el “espíritu” de la humanidad, la “esencia” del hombre, solo puede ser adquirida, absorbida, retenida, dividida, consumida, digerida, participada y “disfrutada” por el egoísta.

La “filosofía crítica” es una institución tan egoísta como la Sagrada Comunión. Es la religión del egoísmo espiritual y teórico y, por lo tanto, la *conciencia* del egoísmo. Como tal, carece, al igual que la religión en sí misma, del lado práctico de la conciencia egoísta: la praxis egoísta. La conciencia egoísta no es más que la expresión teórica de la praxis egoísta, sin la cual esta conciencia es impensable, tan impensable como la conciencia del pecado sin el pecado.

Así como la teoría y la conciencia egoístas han alcanzado su punto más exaltado en la religión y la filosofía, la praxis egoísta debe alcanzar su punto más alto; y ahora lo ha hecho, en el mundo comercial [*Krämerwelt*] cristiano moderno.

¿Qué es nuestro mundo comercial? Es la cúspide del mundo social animal, y así como la bestia de presa era el punto culminante del mundo salvaje y nativo de los animales, el mundo comercial es el logro supremo del mundo animal consciente y social. En la existencia encerrada en sí misma del cuerpo animal, en la *sangre*, la bestia de presa disfruta de su propia existencia encerrada en sí misma. En la vida aislada del cuerpo social, en el *oro*, el mundo comercial disfruta de su

propia existencia aislada. La *sed de riqueza* en el mundo mercenario es la *sed de sangre* de la bestia de presa: el mundo mercantil es *avaricioso* y el mundo bestial es uno de *presa*. El animal posesivo hambriento de dinero consume no solo su esencia teórica, alienada de su Dios, sino que sobre todo consume su esencia práctica enajenada: el dinero. Para satisfacer sus necesidades egoístas, no solo asiste a su *Santa Misa*, sino que sobre todo asiste a la *Misa profana* (la *Misa Mercenaria*)⁹ que se celebra en la plaza del mercado. Y si este mundo sabe venerar a la Iglesia y a Dios como su *alimento dominical*, también debe tener en cuenta la bolsa y el culto a la riqueza (hacer dinero) como su *pan de cada día*.

El egoísmo y la conciencia egoísta siempre van de la mano en el mundo social animal. De hecho, cuanto más cultivado es el extrañamiento teórico, más cultivado es también el práctico y, a la inversa, cuanto más cultivado es lo práctico, más cultivada es lo teórico, la conciencia del egoísmo. No solo se perfecciona la bestia de presa en nuestro mundo mercenario, sino que también se perfecciona la *conciencia* de esta máxima expresión del mundo animal. Lo que, hasta ahora, siempre se ha permitido más o menos que suceda sin conciencia ni voluntad —la explotación mutua de los hombres—, ahora se llevará a cabo conscientemente con voluntad. El saqueo privilegiado llega a su fin; el *ejercicio arbitrario del poder* es ahora un *derecho humano universal*. Los derechos del hombre son ahora idénticos a los del animal humano, es decir, los derechos de todos los aislados y los llamados “independientes” y “libres”¹⁰ hacia la esencia alienada de todos; aquí se *sanciona* la guerra de todos contra todos. La célebre declaración de “Los derechos del hombre” se celebra en el sentido de que en lo sucesivo todas las bestias depredadoras están igualmente justificadas, justificadas —como dicen los “constitucionalistas” de los “Estados libres”— porque son seres autónomos y libres, justificadas porque, como los egoístas, como los “individuos independientes”, ahora son *reconocidos y legalmente* admitidos.

La “libre competencia” de nuestro mundo mercenario moderno no es solo la forma perfeccionada del *robo rapaz*, sino también la *conciencia* perfeccionada de la completa diversidad del aislamiento humano. La prehistoria salvaje, la esclavitud clásica, la servidumbre romana eran todas más o menos inadecuadas a la esencia de este aislamiento. Todavía tenían perspectivas limitadas, por lo que no habían alcanzado era la universalidad y la justificación general de la rapacidad que ahora se encuentra en nuestro mundo comercial. El actual mundo mercenario es la forma desarrollada, adecuada esencialmente, “consciencia” y “principio” del egoísmo.

Y ahora también podemos entender lo que Stirner realmente quiere, lo que inconscientemente quiere, ya que el egoísmo existente no lo atrae en el sentido de que inconscientemente es uno con él. Lamento tener que declarar, a pesar de las

⁹ En este punto el juego de palabras de Hess es evidente, pues la palabra alemana *Messe*, puede significar tanto la santa misa como una feria de mercado (*N. del T.*)

¹⁰ Es probable que Hess se esté refiriendo aquí a *Die Freien* (Los Libres), un grupo de discusión sobre filosofía y política que se reunía informalmente durante la década de 1840 en el bar *Hippel's Weinstube* de Berlín, y que estaba integrado por profesores, estudiantes y periodistas de la generación intelectual conocida como los jóvenes hegelianos (*N. del T.*)

protestas de Stirner, que su “sabiduría” está “desactualizada”, y solo puedo darle el consuelo de saber que la sabiduría “crítica” es aún más antigua.

¿Cuál es la “nueva sabiduría” de Stirner?

Para escapar del mundo animal *religioso*, Stirner nos pide que regresemos una vez más al mundo de los animales salvajes: *retournons à la nature!*

Por otro lado, ¿qué desea la sabiduría “crítica”?

El sumo sacerdote de la “crítica” dice que el mundo es una “masa” vulgar y vil, y debe ser trascendido por la “crítica”. En el cielo crítico solo existen espíritus sin cuerpo, egoístas solitarios, conscientes, sin praxis egoísta, sin necesidades egoístas. Ahora bien, ¿es necesario que yo les diga que la base clásica de estos egoístas solitarios de la praxis menos egoísta, de estos egoístas beatíficos satisfechos de sí mismos, es el cielo cristiano, el *paraíso sin pecado*? Pero les diría dónde está realmente este jardín con su población inocente: en el mundo más allá de la puerta de la ciudad.

La “consecuencia” del “único” expresada racionalmente es el imperativo categórico: ¡conviértanse en animales!

La “consecuencia” del “solitario” expresada racionalmente es el imperativo categórico: ¡conviértanse en plantas!

El *ideal* de Stirner es la *sociedad civil*, en la que el Estado —como mundo de los animales— asume el mundo de las plantas.

El *ideal* de Bauer es el *Estado*, en el que la sociedad civil, el *mundo de las plantas*, asimila el mundo de los animales.

III

En los últimos tiempos se ha dicho tanto del individuo “corporal”, de los hombres “reales”, de la “realización” de la idea, que no debería sorprendernos si la noticia de ello también ha llegado a Berlín, y debido a esto, las “cabezas filosóficas” han sido sacadas de su bienaventuranza.

Sin embargo, los jefes filosóficos han entendido el asunto *filosóficamente*. De hecho, el *individuo vivo* debería ocupar el lugar del hombre espiritualizado, pero no ese cadáver que *se extraña de sí mismo*, aislado, sin corazón, sin espíritu, sin alma, postulado por el egoísta, lo que el egoísta ha desplazado de sí mismo para “disfrutar”. Si este fuera el caso, entonces solo tendríamos al *yo invisible* aislado en lugar del *yo visible* aislado, el egoísmo teórico en lugar del egoísmo práctico, en lugar de alienación “espiritual” la alienación de nuestra vida “natural”, y en lugar del filosófico “en-y-para-sí”, la llamada “otredad”. Pero queremos *ser para el otro*, el “*ser para un otro*” de los hombres, el individuo activo y *creativo*. Sin embargo, en la medida en que las cualidades humanas son principalmente nuestra propiedad general cuando se desarrollan a través de una *crianza* social, entonces la propiedad del individuo primero se completará a sí misma, se convertirá en su propiedad real, solo cuando pueda manifestarla a través de cualidades sociales cultivadas, *elaboradas* en la vida social. Pero, así como las cualidades humanas universales en la medida en que no son cultivadas, no son

reales sino meramente la *posibilidad* de nuestra propiedad universal, así también, si nuestras cualidades socialmente condicionadas permanecen sin manifestarse en la vida, no son reales sino meramente la posibilidad de nuestra propia existencia personal, social. O, expresado filosóficamente: mientras su propiedad “espiritual” no sea real, los hombres son de hecho “en sí mismos”, pero en la medida en que no posean sus propiedades espirituales, no son “para sí mismos”. Además, el hecho de que estas personas sean todavía menos *dueños sociales*, humanos el uno para el otro, autorrealizados, creativos y vivos es algo evidente por sí mismo, pero esto no puede expresarse filosóficamente. La filosofía, que tiene tantas “categorías”, no está familiarizada con la categoría “ser-para-otro”. No puede ir más allá de la categoría del “en-y-para-sí”.

Ahora bien, Stirner hace notar que el “en-y-para-sí” de la filosofía no es más que una abstracción, pero en lugar de proceder al “ser-para-otro”, más bien se vuelve hacia el “ser-otro” de la naturaleza, a la presa, a lo no espiritual. Por pura angustia, por su individualidad “física”, pierde de vista todo entendimiento y sentimiento humanos.

Stirner tiene la ilusión de que él, el “único”, es *la cola* sin cabeza y sin corazón, pero en realidad no es más que su ilusión, porque no solo es “sin espíritu” sino también sin cuerpo. Lo mismo ocurre con la “cabeza crítica”: el “solitario” de Bauer no solo es incorpóreo, sino también sin corazón y sin cabeza.

¿Cómo critica el “único” al liberalismo, al humanismo y al socialismo? Sobre la base de que la razón, la humanidad y el amor son, para la *filosofía*, abstracciones y, por lo tanto, no tienen realidad *en general*. Una vez más, como ahora *somos criados* en la personalidad, no se nos permite desarrollar, cultivar, trabajar o manifestar nuestro carácter desde dentro de nosotros mismos. Y así, como nuestra esencia hasta ahora no era para nosotros más que una *cosa sagrada y extraña*, deberíamos *consumir* esta cosa sagrada: “¡Si *devoras* lo *santo*, lo has hecho *tuyo*! ¡Digiere la hostia y te habrás librado de ella!”¹¹

¿Como si ya no consumiéramos nuestra “santa” propiedad! ¿Como si la “santa” propiedad extrañada se volviera *personal* a través de nuestro consumo de ella! Y si nuestra propiedad *real* ahora se adelantara y reemplazara la *ilusión* anterior, ¿sería algo más que la culminación manifiesta de nuestras cualidades? ¿Sería algo más que la *producción* de nuestras vidas en lugar del *consumo* de ellas?

El socialismo no se preocupa por el Estado, ya que se apoya sobre bases totalmente distintas. Stirner solo conoce los primeros comienzos del socialismo, que todavía se basan en las premisas de la política y la economía política. Conoce como Babeuf, las formas francesa y obrera de comunismo solo de oídas, porque de lo contrario debe sabería, por ejemplo, que incluso el comunismo, que es la base de la política, ya hace mucho tiempo ha pasado más allá de los polos conflictivos del egoísmo (*intérêt personnel*) y el humanismo (*dévouement*). De la “sociedad” solo sabe tanto como sabe el “crítico”. Su oposición al Estado es la oposición completamente común de los burgueses de mente abierta, que también culpan al Estado si el pueblo está empobrecido y hambriento.

¹¹ Stirner, M. *Op. Cit.*, p. 137.

También ha llamado la atención de nuestros filósofos de Berlín que la gente ha estado hablando mucho sobre la “anarquía”. También desea la “anarquía”. Pero con miras a declarar una “nueva sabiduría”, no solo se lanza con esta categoría de Proudhon contra la soberanía de toda autoridad externa, sino contra la misma “soberanía de la razón”. Sin embargo, esta sabiduría es tan poco nueva, que para encontrarla hay que volver al principio de la historia, al origen de nuestro mundo social de los animales; mientras que, para encontrar la anarquía de Proudhon, es necesario volver a las revoluciones religiosas y políticas de nuestra más nueva y reciente historia.

Cada página de sus escritos deja en claro que el “único” no solo es serio en su oposición a ciertas formas de razonamiento y moralidad, sino que está absolutamente en contra del *contenido razonable* de todas las formas anteriores de moralidad. Como ejemplo, ignoraría la canonización de lo “humano” por el “liberalismo humanista” si lo “humano” fuera tomado como una posibilidad humana, ya que el error de los “humanistas” sería entonces lógico, y no un verdadero error, pero...

¿Acaso será el humanista tan liberal como para vender todo lo humanamente posible por *humano*? ¡Todo lo contrario! Ciertamente, sobre la prostituta no comparte el prejuicio moral del filisteo, pero ‘que esa mujer haga de su cuerpo una máquina para ganar dinero’, eso la hace despreciable ante él como hombre. Él juzga: la prostituta no es humana, o en tanto que una mujer es prostituta, es inhumana, se ha deshumanizado¹².

Ahora, esto es lo que Stirner ha establecido con respecto al humanismo, pero estaría de acuerdo con el humanismo en lo que respecta a su *contenido* si vislumbrara algo humano en la “máquina de obtener dinero”. Esto es, pues, lo que expresa Stirner sobre el humanismo. Ciertamente, Stirner encontraría al humanismo de acuerdo con el *contenido* de su propio pensamiento si no fuera por avistar algo todavía humano en la máquina de hacer dinero.

El humanismo, para Stirner, no se equivoca porque convierte a los hombres en un mero “principio”, es decir, porque tiene como contenido solo la abstracción teórica de los hombres —y por tanto una ilusión— sino más bien porque (¡oye! joye!):

Entre las teorías sociales, la crítica es indiscutiblemente la más completa, puesto que elimina y desvalora todo lo que *separa* al hombre del hombre [...] ¿cómo podéis seguir viviendo socialmente mientras aún existe entre vosotros una exclusividad?¹³

Por tanto, para trascender y anular la contradicción entre la “idea” humana y la realidad inhumana, no debemos buscar desarrollar y perfeccionar a los hombres, sino “apartarnos” de nosotros mismos y volver a la “bestia”. El hombre que se toma a sí mismo por “por un animal, se daría cuenta fácilmente de que el animal, que únicamente sigue *sus* instintos (como quien dice, sus consejos), no se

¹² *Ibid.*, pp. 170-171. [Aquí, Stirner cita a Edgar Bauer (*N. del T.*)]

¹³ *Ibid.*, pp. 179-180.

aconseja y tampoco hace lo ‘más absurdo’, sino que da pasos muy correctos”¹⁴.
¡Retournons à la nature!

El socialismo declara: no deben ser *idealistas*, sino hombres *reales*. Stirner, por el contrario, declara: “Siglos de cultura han oscurecido lo que sois, os han hecho creer que no sois egoístas, sino que estáis *llamados* a ser idealistas (‘buenas personas’). ¡Sacudíos eso de encima!”¹⁵.

Un socialista establece la propuesta de que debemos convertirnos en un *ser genérico real* [*wirkliche Gattungswesen*]¹⁶, y propone así una sociedad en la que todos puedan cultivar, ejercitar y perfeccionar sus cualidades humanas. Stirner no quiere saber nada de este hombre real. Él presenta su visión opuesta de los hombres reales de la siguiente manera: el “hombre verdadero solo es el ser inhumano”¹⁷. Nuevamente:

Como egoísta no siento ninguna inclinación por el bienestar de esa ‘sociedad humana’, no sacrifico nada por ella, solo la utilizo; pero para poderla utilizar por completo, más bien la transformo en mi propiedad y en mi criatura, es decir, la destruyo y fundo en su lugar la *unión de egoístas*¹⁸.

Único, ¡sin duda eres una celebridad original y divertida! Pero hubiera preferido que tu “unión de egoístas” existiera solo en el papel. Ahora bien, si no me lo permiten, debo permitirme yo mismo caracterizar las ideas reales de su “unión de egoístas”.

Toda nuestra historia hasta ahora no ha sido más que la historia de uniones egoístas, cuyos frutos todos conocemos: la esclavitud antigua, la esclavitud romana y nuestra moderna servidumbre universal y de principios. Y ahora, una vez completado y extinguido el curso circular de esta unión egoísta, el egoísmo —en su desesperada confusión— propone todo tipo de combinaciones de formas de asociaciones egoístas ya históricamente obsoletas. En estos días, esta desesperación ya ha traído muchos pensamientos tontos al mundo. Pero nadie se habría permitido ni siquiera soñar que se sentiría atraído por la forma más brutal del egoísmo, *el salvajismo feroz*, y luego el deseo de introducir esto en el mundo. Pero es precisamente este pensamiento el que domina al “único”. Con toda seriedad, Stirner desea ver una vez más el establecimiento de la forma más fundamental de coito egoísta: ¡el asesinato y el robo totalmente directos!

¿Stirner quiere eso? Bueno, tienen motivos para no creer que el “único” quiera eso, y por eso debo retractarme de mis palabras. Stirner no quiere, en general, nada. Solo hace ruidos jactanciosos.

Ahora bien, es posible considerar al “único” excusado por el hecho de que él mismo no sabe lo que quiere. Está dispuesto a luchar contra el “crítico”, pero es

¹⁴ *Ibid.*, p. 209.

¹⁵ *Ibid.*, p. 212.

¹⁶ *Ibid.*, p. 224. [Stirner atribuye esta expresión a Karl Marx. Cfr. Marx, K. “Sobre la cuestión judía” en *Escritos de juventud sobre el Derecho. Textos 1837-1847*, trad. Rubén Jaramillo, Barcelona, Anthropos Editorial, 2008, p. 186 (*N. del T.*)]

¹⁷ *Ibid.*, p. 226.

¹⁸ *Ibid.*, p. 228.

simplemente el *esclavo* del “crítico”. Quiere aniquilar la continuidad del “Estado”, pero permanece constantemente sobre este *terreno*. Canta las alabanzas, en todos los tonos, de un regreso al mundo de la bestia, pero en última instancia simplemente pretende volver a ser un *pacífico vegetal*.

La última y más decisiva oposición, la del único frente al único, en el fondo está por encima de lo que se entiende por oposición, sin, no obstante, llegar a reducirse a una ‘unidad’ o unificación. Como único no tienes nada en común con el otro y por eso tampoco algo que te separe y algo hostil. No buscas en un *tercero* el derecho contra él y no estás con él en el ‘terreno del derecho’ ni en ningún otro terreno comunitario. La oposición desaparece en la completa *separación* o en la unicidad¹⁹.

Ciertamente se desvanece, como luz para el ciego, como error ante la estupidez, como vida antes de la muerte. Y así, para evadir cada choque, cada lucha de vida, finalmente regresa al útero de la tierra, ¡y allí vegeta! ¡La gran fanfarronería de la brutalidad simplemente ha regresado, pero una vez más, a la *pacífica* insensibilidad del “solitario”!

¿Hay algo más en la lucha de Stirner contra Bauer? ¿Es Stirner plenamente el egoísta práctico que se imagina que es? ¿Es un pecador tan terco como él cree?

Como se opone a cada “llamado”, a cada “determinación”, uno podría creer que él mismo debe estar más allá de cada “determinación” y “llamado”. Esto está lejos de ser el caso, ya que *la policía secreta lo vigila constantemente de su propia conciencia crítica*. Su falta de contención es una mentira, su dureza una afectación. No ha olvidado que “el programa de la crítica no permitirá estabilidad a ninguna parte de nuestras posesiones, y solamente dejaría de lado nuestro bienestar”. Siempre permanece a espaldas de su egoísta “ideal”. El egoísta saca continuamente de su mente su conciencia crítica y no permite que nada le interese tanto como para entregarse totalmente a ello. Él es como Lutero y debe gritar: “¡aquí estoy, no puedo hacer otra cosa!, la sentencia más enjundiosa de todos los posesos”²⁰. Sí, la “ansiedad” probablemente “arreglara” algo en él, ¡y dejara a este hijo de la naturaleza prematuramente viejo sin un momento de paz! Nunca podrá cumplir su “determinación” como egoísta. Debe cuestionarse a sí mismo cada vez: “¿Me sigo a mí mismo, sigo mi propia determinación”²¹ si me entrego por completo a esto o aquello?

Ya hemos visto en la introducción que Stirner está de acuerdo con los filósofos en principio: la persona única es el género. Hemos visto además que Bauer es tan egoísta como Stirner, y que Stirner es tan idealista como Bauer. Una vez más, Stirner, con toda su brutal charla, simplemente pretende ser un vegetal pacífico y, en última instancia, no puede liberarse de la vigilancia de la policía secreta “crítica”. Entonces, ¿cuál es finalmente la distinción entre el egoísta “único” y el crítico “solitario”?

¹⁹ *Ibid.*, p. 261.

²⁰ *Ibid.*, p. 96.

²¹ *Ibid.*, p. 218.

El “solitario” es un egoísta de pelo gris, un anciano infantil; el “único” es un niño precoz. El “solitario” es *un esclavo en el trono*; el “único” es *un esclavo que ha roto sus ataduras*. Bauer ha creado un tonto egoísmo *teórico* en su cabeza; agita un egoísmo *práctico* y estúpido. Como en nuestro caso, y en el de su representante filosófico Feuerbach, necesariamente tendrían que unirse para participar en un nuevo avance, y uno podría tener la esperanza de verlos resucitar en algún momento como socialistas, después de que hayan expiado sus contradicciones internas. Pero a medida que se *separan*, permanecen solos, solitarios, sin vida, sin muerte, y no pueden levantarse a la existencia. Son y siguen siendo filósofos.

Leandro Sánchez Marín se desempeña como docente en el Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia. Es egresado en filosofía y actualmente realiza estudios de posgrado en dicha universidad. Es miembro del Grupo de Investigación en Filosofía Política adjunto a la misma institución. Sus áreas de interés investigativo son la filosofía política, la filosofía moderna, el existencialismo y la teoría crítica.

e-mail: leandro.sanchez@udea.edu.co